

RECENSIONES

Richelle, Marc, *La adquisición del lenguaje*. Traducción del francés por Victoriano Albillos. "Biblioteca de Psicología", No. 24. Barcelona: Ed. Herder, 1975.

La obra de Richelle constituye una excelente introducción a los problemas de la psicolingüística desde el punto de vista psicológico: clara, bien organizada, precisa y definida en sus posturas. Si algo puede caracterizar la posición del autor es su oposición sistemática a la tendencia reduccionista, que pretende comprender el lenguaje desde un punto de vista puramente formal. "Para el psicólogo, el lenguaje no puede reducirse al objeto aislable de un análisis formal. Este no puede ilustrarnos sobre los mecanismos que subyacen a los comportamientos verbales y sobre los factores que presiden su adquisición. Nos informa sobre su estructura, y nos proporciona modelos cuya validez en el plano psicológico hay que demostrar siempre. . . El problema fundamental consiste en precisar el estatuto del lenguaje respecto al substrato biológico y respecto al proceso cultural. La lingüística formal no puede dar por sí sola una respuesta a este problema, que está en el centro de una teoría general sobre la adquisición del lenguaje" (págs. 169-170).

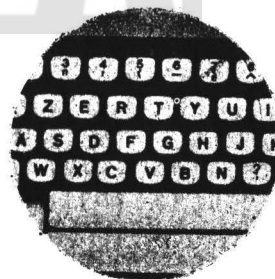
La importancia que el análisis del lenguaje tiene para el psicólogo es doble, ya que "la función verbal no se manifiesta sólo en comportamientos originales e irreductibles a otras formas de conducta. Lleva consigo una reorganización de todo el comportamiento" (pág. 13). En última instancia, "el grupo social contribuye a definir la personalidad de sus miembros por el lenguaje. . . El lenguaje parece como la condición esencial de dos características complementarias de la especie humana, la individuación y el dato cultural" (pág. 168).

Richelle disiente casi sistemáticamente de la postura propia de la escuela de Chomsky, sobre todo en los desarrollos más recientes de McNeill. La furibunda crítica de Chomsky a Skinner estaría basada —según él— en una serie de malentendidos, que distorsionarían los planteamientos del maestro del conductismo contemporáneo. Desde otro punto de vista, la misma incompreensión hacia Skinner manifestaría Piaget, a cuyas teorías se adhiere en gran parte Richelle, afirmando su compatibilidad con los principios skinnerianos (sobre todo en los capítulos primero y sexto). La postura de Richelle podría esbozarse así como un intento de síntesis entre Piaget y Skinner.

Para el autor existe un período privilegiado para la adquisición del lenguaje, "por encima del cual no habría las mismas facilidades para la adquisición de una lengua" (pág. 47). El final de este período se ubicaría entre los 5-6 años como más pronto, hasta alrededor de los 10 años como más tarde.

En este período es importante seguir de cerca la evolución de las diversas estructuras del lenguaje, desde la aparición de los primeros sonidos y de las primeras palabras. "El orden de adquisición de los fonemas parece depender de su nivel de dificultad desde el punto de vista sensorio-motor. . . Depende además de la distribución de los fonemas en la lengua: unos sonidos son privilegiados por su frecuencia, otros por su valor de información" (pág. 60). La primera palabra aparece hacia los diez meses, y el niño llega a tener hacia los tres años un repertorio de casi mil palabras. Ahora bien, ¿cómo va adquiriendo el niño las estructuras sintácticas? ¿Corresponden éstas a una capacidad general innata? Richelle no es muy partidario de esta postura, y si acepta que existen ciertas formas sintácticas universales y fundamentales es "porque las conductas a que corresponden son universales y fundamentales en la organización del comportamiento humano" (pág. 77).

"La evolución del lenguaje en el niño no es independiente del ambiente verbal al que está expuesto" (pág. 83). En el niño influyen no sólo quienes se encuentran a su alrededor, sino, sobre todo, quienes le hablan y quienes constituyen la fuente que pueda satisfacer sus necesidades. Es esclarecedor el análisis que presenta Richelle del "baby talk" (habla infantiloides), al que llega a considerar como un subsistema lingüístico, cuyo influjo (positivo o negativo) depende de las personas que lo usen. Más importante parece aún el influjo que la clase social ejerce en la estructuración del individuo a través del lenguaje. Con ello, no es preciso aceptar la tesis de Whorf, de que la lengua determine, por sus propias estructuras, las formas de percibir y pensar; sin embargo, parece innegable que el lenguaje está determinado por la clase social, como ha subrayado Bernstein, y que, a



su vez, influye en todas las adquisiciones futuras. Precisamente ésta sería una de las razones por las que el niño proletario estaría de antemano en inferioridad de condiciones frente al sistema escolar burgués, estructurado según el código lingüístico de la clase social dominante.

Las funciones principales del lenguaje (expresiva, cognitiva y conativa) se encuentran inextricablemente unidas en la práctica. "Ningún dato convincente nos autoriza a afirmar que el lenguaje, en sus orígenes, cumpla en el niño una de esas funciones antes que la otra" (pág. 105). Richelle dedica unas nítidas páginas a contrastar la concepción piagetiana del lenguaje egocéntrico con el punto de vista de Vigotsky sobre el lenguaje socializado. "Mientras que para Piaget el lenguaje egocéntrico, reflejo del pensamiento egocéntrico, evoluciona poco a poco hacia el pensamiento y lenguaje socializado, para Vigotsky el lenguaje es, en sus primeros usos, esencialmente comunicación con el otro y llega a convertirse en un instrumento de comunicación consigo mismo, cuya forma más avanzada es el lenguaje interiorizado, del que el lenguaje egocéntrico es sólo una etapa intermedia" (pág. 113). Así, la oposición entre ambos puntos de vista provendría de las diferentes perspectivas adoptadas por ambos autores.

En cuanto a la relación entre el desarrollo del lenguaje y el desarrollo cognitivo, Richelle sintetiza en tres las posibles tesis: predominio de factores psicolingüísticos (Chomsky y McNeill), predominio de las estructuras cognitivas, siendo el lenguaje apenas un aspecto de la función simbólica (Piaget y su escuela), e indisociabilidad de ambos desarrollos (Bruner y otros). Richelle rechaza en lo fundamental la tesis de Chomsky, acepta con matices las tesis piagetianas y se incluye en el grupo de quienes, como Bruner, tratan de aprovechar lo mejor de ambas escuelas y superarlo, sin sentirse atado a ninguna postura "ortodoxa".

Finalmente, el autor examina la relación entre el lenguaje y la acción, así como entre el lenguaje y la personalidad, adoptando el punto de vista reflexológico, sobre todo tal como lo ha desarrollado Luria: "El lenguaje ofrecido por el ambiente desempeña al principio, en la organización de las conductas motoras del niño, un papel puramente incitador. Luego se instala poco a poco su función inhibidora. El control se desplaza del ambiente al sujeto, que cada vez se hace más capaz de regular sus conductas motoras mediante su propia lengua, primero de una forma estrictamente incitadora y luego reguladora" (pág. 156). Por otro lado, "la interiorización del lenguaje, el desarrollo de las regulaciones de la acción propia por el lenguaje del sujeto y la adquisición de los instrumentos verbales de descripción de sus pro-



pias conductas convergen para fundamentar la conciencia personal y la autonomía del individuo" (pág. 163).

Como se puede ver por las notas anteriores, la obra de Richelle presenta una visión sumamente esclarecedora sobre los principales problemas que para el psicólogo ofrece la adquisición del lenguaje en el ser humano. Richelle no se contenta con presentar las diversas opiniones, sino que entra decididamente en el debate, lo que hace al libro un instrumento más incitante para la reflexión del lector. Nos parece que la obra puede constituir una herramienta excelente para un curso de introducción a la psicolingüística, así como para actualizar los conocimientos de aquellos profesionales (psicólogos, educadores, etc.) para quienes el lenguaje constituye un centro esencial de interés.

Ignacio Martín-Baró.

Oerter, Rolf, **Psicología del pensamiento**. Traducción del alemán por Ambrosio Berasain Villanueva. Barcelona: Ed. Herder, 1975.

En el momento actual de la psicología, y por razones históricas muy diversas, vuelven a ganar importancia los que, con vocabulario aséptico, se han dado en llamar procesos mediadores. La razón de esta terminología se cifra en la comprensión básica de los fenómenos psicológicos con el constructo E-R (estímulo-respuesta), entre los cuales se ubicarían procesos como el pensamiento (lo que no quita para que, a su vez, puedan ser también comprendidos en términos de estímulos y respuestas). Oerter no puede ser encuadrado en este tipo de escuelas neoconductistas, sino que pretende permanecer en un terreno más ecléctico, juntando los aportes norteamericanos al pensamiento europeo, de corte más filosófico.

El método seguido en el desarrollo de la obra es sencillo: tras esbozar muy someramente el problema en cuestión, el autor se detiene en una presentación prolija de diversos experimentos y datos experimentales, con los cuales va construyendo su



argumentación explicativa y de los cuales trata de sacar las posibles respuestas al problema. Con estas respuestas el autor elabora una orientación pedagógica, principalmente pensada (es natural) para la escuela alemana. Es quizás esta preocupación pedagógica uno de los principales aciertos de este libro, y ello por dos razones: porque obliga al autor a concretizar sus conclusiones (lo que ilumina la orientación final de sus opciones ante los diversos problemas) y porque ofrece una serie de orientaciones prácticas en un terreno nada fácil, como es el de los procesos mentales (en sentido restringido).

La obra se encuentra organizada en cuatro partes: en la primera, "formación de conceptos", se enfrenta el problema de los sistemas mentales para la estructuración del mundo y sus objetos; la segunda parte, "el pensamiento, solución de problemas", trata de rastrear los diversos caminos y estrategias por los cuales el individuo humano intenta hallar la solución a los diversos problemas que se le plantean; en la tercera parte, el autor enfrenta el problema de la "creatividad" mental, partiendo de la experiencia tal como fenomenológicamente se la puede captar (sobre todo en el arte y en la ciencia), hasta llegar a aquellas actividades que, a lo largo del desarrollo humano, pueden ir potenciando la creatividad de los individuos; finalmente, en la cuarta parte, "condicionamientos motivacionales del pensamiento", se trata de situar los procesos mentales en su realidad psicológica; es decir, ya no se trata de estudiar el pensamiento, sino al individuo que piensa. Dos temas que se consideran muy centralmente en esta parte son el del desequilibrio y disonancia cognoscitiva, y el de la activación ("arousal"), temas capitales en la reciente psicología norteamericana.

Los procesos del pensamiento no se guían simplemente por las leyes de la lógica. Un tratamiento formal conduciría a una psicología racionalista, pero irreal. Más bien, los procesos del pensamiento siguen estrategias muy diversas y responden a condicionamientos y circunstancias variadas, que determinan su estructuración concreta y sus productos. Oerter se interesa de una manera muy especial por el "pensa-

miento productivo" (Wertheimer), sus características y la posibilidad de potenciarlo, acelerarlo y mejorarlo mediante un entrenamiento oportuno y adecuado. Este énfasis nos parece un buen acierto. Curiosamente, quizá no se tiene suficientemente en cuenta el efecto retroestructurador que el mismo producto mental puede tener en la organización de las formas y estrategias mentales de los individuos. Este problema remite a un nivel social lo cual, aunque desborda el análisis psicológico, en sentido restringido, no puede ser ignorado por éste.

En no pocos momentos el libro de Oerter es pesado, innecesariamente reiterativo y poco ágil en la presentación de los experimentos con los que construye su argumentación. Por otro lado, se echa de menos un mayor sentido crítico en la confrontación de los diversos autores. Posiblemente no sea ésta la finalidad de Oerter, quien de antemano anuncia al lector su intención de simplificar la exposición (cosa que no siempre consigue).

Sin duda, la obra corresponde a un estilo muy alemán de hacer ciencia, incluso a niveles básicos: exposición profusa, lenta y metódica exploración de los temas, amplísima acumulación de datos. El resultado suele ser: prolijidad y pesadez. Así, el libro de Oerter puede ser un buen manual de consulta, pero no un texto introductorio u orientador.

Ignacio Martín-Baró

Schraml, Walter J. (Comp.), *Psicología clínica*. Traducción del alemán por Ambrosio Berasain Villanueva. Barcelona: Ed. Herder, 1975.

La finalidad de esta obra es muy clara y la indica Schraml en el prólogo: ofrecer en el ámbito alemán una obra que actualice los avances existentes en el campo de la psicología clínica, avances realizados principalmente en el mundo anglosajón. Esta actualización está concebida con un criterio amplio (para lo cual se cuenta con la colaboración de especialistas en ramas muy diversas), como amplia es la concepción que de la misma psicología clínica nos expone Schraml en la introducción. La psicología clínica —nos dice— es ante todo una ciencia aplicada y, como tal, no se puede definir por el método, ya que utiliza muy diversos métodos. Tampoco se puede definir por el objeto de su "interés", que sería "el enfermo psíquico, el hombre difícil o perturbado". "Esta indicación del objeto es, por una parte, demasiado amplia, porque el enfermo psíquico es el objeto común de la psicología clínica, de la psiquiatría, de la psicopatología, de la psicoterapia y del psicoanálisis: excesivamente rigurosa, porque el objeto de la moderna psicología clínica no es únicamente el

hombre con trastornos psíquicos, sino que, habida cuenta de las reacciones psíquicas y psicosociales del hombre físicamente enfermo, piensa, además, en su posición y en su situación social y en las instituciones creadas para los enfermos" (pág. 22). Tampoco se puede definir la psicología clínica por las funciones que desempeñan de hecho quienes se llaman psicólogos clínicos, pues éstas son notablemente diversas. En última instancia, la psicología clínica tendría que compensar "la pérdida de inmediatez que la racionalización ha llevado al campo clínico" (pág. 24), lo cual la situaría "en el campo de lo social; su misión estriba en asistir al hombre en cuanto ser social" (pág. 25).

Una visión tan amplia determina la organización de la obra, que intenta ser comprehensiva. En la primera parte, se contemplan ciertos aspectos de "sociología clínica y psicología social": influjo de los factores sociales en la etiología, frecuencia y desarrollo de las enfermedades, la realidad del hospital como parte de una sociedad y, a su vez, como estructura peculiar que condiciona al paciente, y la "prevención y rehabilitación de las enfermedades psíquicas". En la segunda parte, "el psicodiagnóstico en el ámbito clínico", se revisan las diversas posibilidades de exploración de que dispone la psicología para llegar a un diagnóstico, pronóstico y determinación de la terapia adecuada en cada caso. Particularmente interesante nos parece el ensayo de H. Vogel, "reconocimiento clínico del test en cuanto interacción social. Interferencia entre el diagnóstico y la terapia", que resume con lucidez los principales problemas en la interacción entre el psicólogo y el "paciente". Prácticamente todos los capítulos ofrecen buenos resúmenes sobre la situación actual de los instrumentos auxiliares del diagnóstico. La tercera parte examina diversos "métodos de terapia psíquica", recibiendo una atención especial los modernos métodos de terapia de la conducta (los autores distinguen dos corrientes: la de Shapiro y Skinner, por un lado, la de Eysenck y Wolpe, por otro; y dos tipos de técnicas: las de asimilación de nuevos tipos de conducta y las de eliminación de las conductas indeseables), las técnicas analíticas y las diversas terapias de grupo. Finalmente, en la

cuarta parte, se presenta un interesante estudio sobre los "métodos de investigación clínico-psicológica": la necesidad de estudios empíricos, la dificultad de encontrar criterios válidos así como la estructuración de diseños que permitan controlar la investigación y llegar a resultados provechosos. La obra termina con un breve apéndice del compilador, en el que examina la "situación y preparación del psicólogo clínico", principalmente en Alemania.

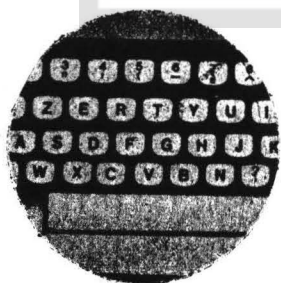
El libro (originalmente escrito en 1970) se propone una actualización de conocimientos en el campo de la psicología clínica. En este sentido, cumple perfectamente su cometido; en unos capítulos mejor que en otros y, en su conjunto, en una forma práctica y sencilla. Quienes lo utilicen en nuestro medio no deben perder de vista que está dirigido a un público alemán desde una orientación fundamentalmente norteamericana. Leído con esta perspectiva crítica, puede ser muy útil.

Ignacio Martín-Baró

Coderch, Juan, *Psiquiatría dinámica*. Barcelona: Ed. Herder, 1975.

"Intento, únicamente —nos dice el autor en la introducción—, complementar el saber psiquiátrico con la luz y claridad aportados por el psicoanálisis en lo que concierne a las enfermedades psíquicas" (pág. 18). Este objetivo define a la perfección los alcances de la presente obra, que, a partir de los principios psicoanalíticos, pretende hacer progresar la investigación psiquiátrica "desde una etapa descriptiva a una explicativa".

En una primera parte, el autor sintetiza algunos principios de psicopatología general desde el punto de vista de la sintomatología, tal como la entiende el psicoanálisis. A continuación se enfrenta con el problema de lo que es normalidad y anormalidad. Cinco criterios se exponen que, según Coderch, no son excluyentes: el médico (la normalidad como salud), el estadístico, el sociológico, el normativo y el psicodinámico. "El criterio psicodinámico de normalidad es el más profundo, el más sólido y el que ofrece mayor comprensibilidad en cuanto a la génesis de las acciones humanas. Por otra parte, no se halla, como los demás, sujeto a variaciones de acuerdo con la escala de valores, costumbres, ideologías, etc., imperantes en un momento dado en la humanidad o en determinado grupo social" (pág. 70). Este punto de vista del autor supone una opción difícil de compartir, pero es muy coherente con todo su planteamiento. Desde ahí se entiende el juicio, ponderado pero duro, que establece sobre el movimiento antipsiquiátrico, cuyas implicaciones últimas no parecen ser —en nuestra opinión— suficientemente valoradas.



Tras una exposición general sobre la etiología de los trastornos psíquicos, siempre desde el punto de vista psicodinámico, la obra se detiene en una exposición detallada y metódica de los principales trastornos psíquicos: la neurosis, en primer lugar ("resultado de la incapacidad para resolver adecuadamente los conflictos inconscientes que existen en el psiquismo", pág. 98); los trastornos del carácter ("el carácter en cuanto forma habitual de proceder como respuesta a la doble estimulación, interna y externa, es el resultado de las funciones de organización, integración y adaptación llevadas a cabo por el yo", pág. 198), tanto la reacción caracterológica como las neurosis de carácter; y, finalmente, las psicosis ("enfermedades mentales en que las funciones psíquicas se hallan tan afectadas, que el sujeto que las padece no puede cuidar adecuadamente de sí mismo, controlar sus impulsos, establecer un correcto juicio crítico de la realidad, tener conciencia de sus propias alteraciones, ni, en gran parte de los casos, convivir razonablemente con los demás", pág. 311).

El esquema seguido a lo largo de toda la obra es claro: se exponen primero los aspectos descriptivos, clínicos, y se pasa después a la psicodinamia. Las síntesis del pensamiento analítico son claras, en lo que parece traducirse la experiencia didáctica del autor. El influjo de Melanie Klein es notorio, no sólo, como se nos dice, por la abundancia de referencias directas, sino, sobre todo, por las opciones teóricas que, dentro de las ramificaciones psicoanalíticas, va tomando el autor.

La obra se cierra con un breve apéndice sobre el papel del psicoanálisis en el conjunto de la terapéutica psiquiátrica. Aunque el ideal, según el autor, sería que toda perturbación no debida directamente a alteraciones somáticas fuera sometida a tratamiento psicoanalítico (siempre que no fuera contraindicado), es evidente que este ideal es inalcanzable, por los mismos presupuestos del trabajo terapéutico analítico. Sin embargo, el influjo del psicoanálisis puede rastrearse en el quehacer terapéutico actual, tanto en las formas asistenciales modernas, como en la actitud del psiquiatra hacia el paciente y, sobre todo, en la nueva comprensión que de los trastornos ha hecho posible la orientación psicodinámica. Por eso, Coderch opina que el psicoanalista que trabaje en un centro hospitalario, más que dedicarse al tratamiento de unos cuantos casos aislados, debe "ofrecer un diagnóstico psicodinámico de los diversos enfermos que son atendidos por los psiquiatras de la institución" (págs. 369-370).

Se comparta o no la orientación del autor,

así como sus diversas opiniones, el hecho es que la obra representa un valioso manual, en la medida en que intenta sintetizar los aportes del psicoanálisis a la psiquiatría, y poner cierta claridad en la multitud de ensayos de corte psicoanalítico dentro del campo clínico. Por ello, cumple la finalidad pretendida por el autor y puede ser un útil instrumento para la iniciación psicodinámica de los especialistas interesados en los trastornos psíquicos.

Ignacio Martín-Baró

Arnold, Wilhelm, *Persona, carácter y personalidad*. Traducción del alemán por Cosmopolitan Translation Service, Ltda. Barcelona: Ed. Herder, 1975.

He aquí una obra sorprendente, verdadero anacronismo de difícil calificación. Según el autor, pretende ofrecer una exposición sobre los criterios fundamentales y conocimientos especiales de la psicología general, a la que asigna tres misiones principales: "la ordenación, la descripción y la génesis y etiología de los fenómenos psíquicos". Ahora bien, por fenómenos psíquicos el autor entiende "todos aquellos modos de vivencia que pueden observarse, dentro de lo normal, en el ser humano" (pág. 32). Por otro lado, "el punto de partida y el objetivo final de esta psicología sistemática están representados por la esencia y el valor de la persona humana" (pág. 15). Estas frases nos dan ya una idea sobre el ámbito en el que se mueve el autor. La obra constituye un larguísimo proceso elucubrador, salpicado a veces de citas o datos psicológicos, traídos de diversos autores, de las fechas, lugares y tendencias más dispares. Arnold posee, ciertamente, una amplísima cultura y, dentro de sus esquemas, mantiene una indudable coherencia. Sin embargo, su peculiar modo de hacer psicología difícilmente puede ser aceptado dentro de los esquemas de la ciencia psicológica actual, menos dada a la elucubración y muy rigurosa en su metodología. Y es que el autor, que pretende hacer psicología, sigue ligado a una mentalidad filosófica. En este sentido, quizá la obra corresponda más adecuadamente al tipo de "psicología racional", al estilo de cierta escolástica tradicional (no por ello despreciable).



La obra se divide en cuatro largos capítulos. El primero sobre la "esencia y misión de la psicología"; el segundo sobre los "fundamentos ideológicos de la psicología", en el que se contempla el problema de la constitución personal del hombre, la relación alma y cuerpo y la conciencia; el tercero, sobre la "fenomenología del carácter"; y el cuarto sobre la "referencia a los valores por parte de la personalidad humana", en el que se pretenden tratar el concepto y estructura ideológica de la personalidad humana, así como su relación con la cultura. La obra termina con un apéndice, correspondiente a la tercera edición original, en el que se presentan resúmenes de los capítulos y cuestionarios complementarios, y una amplísima bibliografía (fundamentalmente de libros, no de artículos).

Ignacio Martín-Baró

Plutchik, Robert, *Fundamentos de investigación experimental*. Traducción del inglés por Graciela Rodríguez y Rodrigo Naranjo Vallejo. México: Harper & Row Latinoamericana, 1975.

Actualmente, la formación científica del psicólogo ha adquirido un rigor insospechable hace apenas unos pocos años. Este rigor se aplica tanto a los métodos cuanto a los contenidos, y es especialmente necesario en este área donde la abundancia de un vocabulario común con la experiencia profana puede generar una idea equivocada de conocimiento, y donde la generalidad experiencial de los procesos y problemas que se enfrentan puede dar lugar a una errónea pretensión de competencia. En otras palabras, parecería como que todo el mundo puede ser, a partir de su propia experiencia, un poco psicólogo. Esta es la fuente de equívocos que se trata hoy de eliminar mediante un desarrollo científico de la psicología y una formación del psicólogo cada vez más rigurosos.

En esta línea, la presente obra de Plutchik, aunque aplicable en principio a cualquier ciencia, tiene la mira especialmente puesta en la psicología y, más en concreto, en la investigación experimental en psicología. La mayoría de los ejemplos manejados pertenecen al campo de la psicología, así como las dificultades y problemas a los que prioritariamente se trata de responder. Es evidente que, si la psicología pretende alcanzar un rigor científico equivalente al que han alcanzado ya hace tiempo las ciencias naturales, tiene que someterse a un proceso de depuración. De ahí la importancia de la investigación en psicología, íntimamente unida con la importancia de la formula-

ción teórica. Quizá sobran en psicología teorizaciones de sentido común y faltan teorías científicamente elaboradas, como sobran datos de experiencia común (a fin de cuentas, todos somos sujetos de nuestros propios procesos psicológicos) y faltan datos verificados científicamente.

Plutchik concibe el proceso de la investigación experimental como un proceso en el que continuamente hay que estar tomando decisiones. Concretamente, él señala siete tipos de decisiones: sobre las definiciones, sobre el muestreo, sobre el tipo de experimento, sobre el diseño experimental, sobre las mediciones, sobre las estadísticas y matemáticas y sobre la generalización. Todos estos temas los va examinando con un estilo claro, con precisión y sencillez, al mismo tiempo que con un sentido crítico muy apreciable. Así, por ejemplo, aunque subraya la importancia que tiene el encontrar indicadores concretos (operacionales) para los conceptos, señala los peligros del operacionismo, "que puede llevar a resultados carentes de significado" (pág. 43). De la misma manera, continuamente señala la importancia de un análisis estadístico adecuado y riguroso, pero advierte contra el peligro de confundir significatividad estadística con magnitud del efecto experimental. "En vez de apoyarse exclusivamente en pruebas estadísticas para confirmar la objetividad de un efecto obtenido, los investigadores deben verificar su grado de confiabilidad a través de la repetición independiente de los resultados" (pág. 107).

El capítulo dedicado a los métodos de diseño experimental presenta una síntesis muy apreciable de las ventajas e inconvenientes de los diversos diseños. Sin embargo, hubiera sido deseable una mayor profundización en algunos aspectos importantes de este tema. Lo mismo cabe decir respecto al problema de los controles experimentales y a las técnicas de ajuste de curvas, en los que el lector podría desear cierta ampliación.

Estos reparos no quitan valor a la obra que, en su conjunto, nos parece un excelente libro introductorio: claro, sistemático y ameno. La edición contiene numerosas erratas que, sin embargo, no afectan esencialmente al contenido. Quizá sería interesante que la lista de "términos utilizados y equivalencias", adjunta a la obra, se incorporara a ésta en forma de un pequeño diccionario (apéndice). En síntesis, una obra que puede ser de mucha utilidad en cursos introductorios a la investigación experimental en psicología o en ciencias sociales.

Ignacio Martín-Baró